



ECOS DE LA PALABRA

Por Javier Castillo, sj

Señor, ¿a quién iremos?

Reflexiones sobre el Evangelio de Juan 6, 60-69 (21º Domingo del Tiempo Ordinario del Ciclo B – 26 de agosto de 2018)



La tarde lluviosa del miércoles 13 de marzo de 2013 en Roma sorprendió a la Iglesia y al mundo entero con la noticia de la elección de un Papa latinoamericano y proveniente de una orden religiosa lo cual no acontecía desde 1831 con la elección de Gregorio XVI (Camaldulense). El efecto “Francisco” no se hizo esperar y sus

gestos y palabras llenaron rápidamente las páginas y los titulares de la gran prensa. Desde esa tarde romana han pasado cinco años y, para muchos de nosotros, el servicio que está prestando a la Iglesia el Papa Francisco sigue siendo una bendición cargada con el aire fresco del espíritu del Dios de la misericordia y de la alegría del Evangelio.

No obstante la indudable relevancia del Papa Francisco, reconocemos que él no lo puede hacer todo y que no podemos cargar sobre sus espaldas todo el peso de la renovación urgente que requiere la Iglesia. El Papa mismo, en su carta sobre los abusos a menores del pasado 20 de agosto, nos invita a todos, como pueblo de Dios, a asumir nuestra responsabilidad: “Hoy nos vemos desafiados como Pueblo de Dios a asumir el dolor de nuestros hermanos vulnerados en su carne y en su espíritu. Si en el pasado la omisión pudo convertirse en una forma de respuesta, hoy queremos que la solidaridad, entendida en su sentido más hondo y desafiante, se convierta en nuestro modo de hacer la historia presente y futura (...)”.

En muchos lugares, aun contando con el efecto “Francisco”, la Iglesia sigue perdiendo relevancia social como lo atestiguan varios estudios recientes. Ante estos estudios, muy seguramente, algunos católicos se habrán manifestado afirmando que la Iglesia debe ser tenida en cuenta como una fuente importante para la construcción de los estados modernos y, aún más, que es un marco obligado de referencia para construir las naciones desde los valores sólidos que ella proclama.

A pesar de la pérdida de relevancia (muchas veces ganada por nuestras incoherencias y los escándalos como el del abuso de menores que nos duele en los más profundo de nuestro ser), yo creo que la Iglesia tiene una palabra pertinente para la construcción social. Una palabra que, dado el contexto actual, ha de ser nueva, distinta, renovada, cargada de Evangelio y, sobre todo, confirmada por una vida honesta y capaz de pedir

perdón por las atrocidades que algunos de sus miembros han cometido... eso la hará creíble.

En sentido análogo, esto le pasó a Jesús... Su vida y su palabra no fueron bien recibidas por sus contemporáneos porque ponía en evidencia las fracturas y las incoherencias de sus pretendidos valores, ponía en evidencia que muchas de las cosas que ellos llamaban sagradas no lo eran y hacía sospechar del fariseo que cada uno tenía o podía tener en su corazón. Y esta situación tocó incluso a los más próximos: ¿también vosotros queréis marcharos?

Hoy como ayer, al escuchar el programa de Jesús, el programa del Reino, muchos se borran de la lista de discípulos porque la propuesta del mundo es totalmente diferente y lo de Jesús resulta de locos. ¿Cómo seguir a un hombre que invita a la pobreza, a la solidaridad y a la austeridad en un mundo que ha endiosado el poseer y en el que el libre mercado se ha erigido como criterio ético último? ¿Cómo seguir a alguien que dice que sobre la propiedad privada pesa una hipoteca social cuando el mundo eleva a las más altas posiciones a los que acumulan sin pensar que su enriquecimiento es la causa del empobrecimiento de millares? ¿Cómo seguir a un hombre que habla de humildad y sencillez, que hace fila con los pecadores del pueblo, que huye del espectáculo y la fama en un mundo que ha encumbrado la levedad de los programas rosa? ¿Cómo seguir a un hombre que dice que el poder es para servir y no para el beneficio propio o para ganar réditos electorales? ¿Cómo seguir a un hombre que denuncia el atropello de los poderosos porque ellos obligan a hacer lo que ellos no hacen? ¿Cómo seguir a un hombre que denuncia la mentira del poder e invita a no imitar el modo de proceder de los líderes?

Cuando nuestra palabra para el mundo de hoy es el proyecto de Jesús, no resulta extraño que muchos quieran marcharse del seno de los discípulos del maestro y que digan en voz alta que los que aún le seguimos somos irrelevantes. No me extraña y no me molesta. A Jesús se le sigue optando por él y su proyecto con radicalidad. Los pactos con los poderosos, los pactos con lo establecido pueden ser, como diría San Ignacio, "tretas del mal espíritu" que en últimas lo que nos lleva es a edulcorar el Evangelio haciéndolo una palabra inocua. Muchos seguimos apostando por este proyecto contracultural de Jesús pues creemos que es un camino cierto para construir un mundo diferente que permita que todas y todos seamos felices y tengamos vida con dignidad.

El texto del Evangelio termina con una expresión de Pedro que conviene traer al corazón. Aunque seamos irrelevantes, aunque muchos se marchen, aunque nuestra Iglesia viva horas bajas, aunque nos tilden de locos -aún en nuestra propia Iglesia-, para los que amamos a Jesús, solo él tiene palabras de vida eterna, solo él es el camino. Solo él basta. ¿A quién iremos? Señor muéstranos el camino.